



Correlación entre el «Desamorado Lenio», Liñán de Riaza y el «Desamorado Don Quijote» de Avellaneda

Antonio Sánchez Portero
Institución «Fernando el Católico» del CSIC (Zaragoza)

RESUMEN:

A estas alturas del guión, tras recientes investigaciones, es admitido por muchos cervantistas y avellaneditas que se entabló una pugna particular entre estos dos singulares escritores, que se conocían y fueron amigos, y que luego se odiaron profundamente. En el transcurso de esta disputa literaria que mantuvieron, se originaron —conscientemente o no—, diversas circunstancias o episodios que, analizados pertinentemente, ayudan a desvelar la identidad oculta de uno de los contendientes. En este artículo, se analiza uno de estos casos, determinado por un cúmulo de «casualidades» trascendentes, en las que nadie ha reparado.

ABSTRACT:

Recent research has brought many specialists on Cervantes and Avellaneda to the conclusion that both writers were friends but fell out after a most singular quarrel. During the development of their literary dispute many incidents took place and these are instrumental in helping find out the masked identity of the contenders. This article analyses one of these mysterious incidents and reveals the alleged coincidences that have been ignored until now.

Desde hace ya unos cuantos años, me he dedicado a descubrir la identidad del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, un seudónimo que encubre al verdadero autor del conocido como *Quijote* apócrifo. Sostengo la hipótesis de que este incógnito escritor, tan buscado y nunca hallado, es el aragonés Pedro Liñán de Riaza. El que la crítica lo considere toledano y el que falleciera en 1607, algunos años antes de que se publicase impreso en 1614 el falso» *Quijote* —prefiero denominarlo «el otro» *Quijote*— se alzan como dos insalvables impedimentos para que, aunque existen testimonios favorables, se le reconozca esta paternidad.

Según algunos investigadores, entre los que, huelga decir, me encuentro, antes de ser enterrado Liñán en Madrid, había escrito la novela que tantos quebraderos de cabeza y amarguras le causó a quien antes había sido su amigo, al genial novelista Cervantes.

A favor de mi hipótesis, tengo publicados un buen número de artículos en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Lemir*, *Tonos Digital*, *Anales Cervantinos* y *Etiópicas*. En ellos apporto indicios, pruebas, testimonios y conclusiones que, en conjunto, a falta de una declaración específica —que no puede existir—, resuelven la mayoría de incógnitas que envuelven este enigma, y demuestran apodícticamente que Liñán es Avellaneda. Podría recoger aquí los títulos de estos artículos, que ilustran sobre su contenido; pero pienso que si alguien tiene interés por ellos, puede encontrarlos fácilmente en Internet. Y tras este preámbulo, voy a aportar una nueva prueba que considero, al menos, interesante.

Espigando de aquí y de allá, he encontrado una vía de investigación que puede dar un buen fruto. Me abrió los ojos Menéndez Pelayo cuando me encontré con su afirmación: «Sospecho que Lenio es el poeta aragonés Pedro Liñán de Riaza, tan encomiado por Lope de Vega; tal vez algún día pueda demostrarlo».¹ El siguiente paso fue encontrar a Lenio. Resulta que es un pastor significativo de *La Galatea*;² y rastreando sus pasos, se conoce una peculiaridad suya singular:

... y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana había topado a Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y desto vivirá él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversación y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal del amor y de los enamorados, y todos sus cantares a este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condición que tenía, era de los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimados. Galatea y los que allí venían se paraban a escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre, alguna cosa cantaba. Y luego vieron que, dando su zampoña a otro compañero suyo, al son della comenzó a cantar... (Primero libro, p. 26).

Hasta en cincuenta y cinco ocasiones aparece su nombre en la novela; dos más, después del adjetivo «discreto», otra, detrás de «opinión desamorada»; cinco encabezando poemas; y dieciséis veces siguiendo al calificativo «desamorado». Son muy interesantes las opiniones de Lenio defendiendo su postura, así como las réplicas de Elicio, Tirso y otros, que se suceden, con poemas intercalados. Al final, se enamora Lenio de Gelasia, y aparece la expresión de «enamorado Lenio»; pero ésta pastora lo rechaza, haciéndole sufrir.

En el «Prólogo a los curiosos lectores», confiesa Cervantes «haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas...», y advierte que «muchos de los disfrazados pastores della lo eran de hábito.» Expresiones que dan pie para creer que muchos de los pastores personajes pueden ser réplicas de personas reales, y que al tratar en la novela de cuestiones «filosóficas» y «amorosas» que les incumben, cabe pensar que actuó quizá con carta blanca para sacar a relucir en clave sus asuntos «divinos» y «humanos», en contra de su deseo. De hecho, Galatea es Catalina; Elicio, el propio Cervantes; y según transcribo del *Diccionario Enciclopédico Hispano (1887–1910)* de Internet:

Cervantes quiso además retratar de intento a determinados personajes. Bajo los nombres del ya difunto Meliso, quiso celebrar a don Diego Hurtado de Mendoza;

1.- «Obras inéditas de Cervantes», artículo publicado bajo este título en la revista estudiantil *Miscelánea Científica y Literaria*, de Barcelona, en septiembre de 1874. Menéndez Pelayo lo compuso en Madrid, en vísperas de un examen en la primavera de este año. Este trabajo está incluido en «Estudios de Crítica Literaria» y se encuentra en Internet.

2.- Versión anónima en Adobe pdf en Internet.

bajo el de Tirsi, Damon, Siralvo Lauso, Larsileo y Artidoro, puso en escena a sus amigos Francisco de Figueroa, Pedro Laínez, Luis Gálvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, Alonso de Ercilla y Micer Rey de Artieda, y si el tiempo no hubiera consumido las memorias que se hallaban frescas entonces aún se descifrarían otras semblanzas y se interpretarían alusiones. [Este texto puede provenir de Aribau.]

Fresca debía quedar algo de memoria cuando Menéndez Pelayo intuyó que Lenio era Liñán. Quizás llegó a este presentimiento porque el nombre adjudicado al pastor es un anagrama imperfecto del apellido. Cabe, también, por el mensaje respecto al amor que transmitían sus poemas, que conocería a través de su investigación o de la de algunos colegas, y por las *Rimas*³ que publicó la Diputación de Zaragoza en 1876.

No sé si don Marcelino llegaría a materializar su sospecha con pruebas; pero es indudable que la poesía de Liñán está impregnada de una profunda animadversión al Amor. Siendo un lego en la materia, lo barruntaba; pero he llegado al convencimiento a través de su recopilador y biógrafo Julián F. Randolph,⁴ de cuyo libro transcribo unos párrafos que hacen al caso:

4. *El poeta satírico-burlesco*. Especialmente en un pequeño grupo de sonetos, Liñán se burla y critica fórmulas que han dejado de tener valor positivo. Al llamar diosa de los necios a la fortuna nos está preparando para que rechacemos el concepto del amor heroico personificado en Leandro...

El amor es lo que llega con más frecuencia al primer plano como blanco de la sátira. A veces merece censurarse porque también ha decaído [...] Se condena, si [en sus versos], el materialismo en cuestiones amorosas [...] ...el amor tiene otros lados negativos ante los cuales reacciona nuestro poeta. En la extensa Sátira contra el Amor, nos lo presenta como perturbador del sosiego sin par, pues introduce complicaciones en la vida de todo el mundo. El poeta rechaza la constancia amorosa porque quiere vivir tan dócil y livianamente como las mujeres. Y al enfrentarse con el terrible hecho de que otros quieran casarle, nos dice que no aguantaría la tranquilidad de la vida maridada porque además de no tolerar sus antojos, una misma mujer día tras día le aburriría en extremo. Prefiere quedar soltero porque sólo así puede gozar de la más absoluta libertad.

Aun teniendo en cuenta la actitud de nuestro lírico en su propia sátira, choca la ausencia de uno de los asuntos más cultivados por los sonetistas de todas las épocas. Nos referimos a la falta absoluta del amor como sentimiento ennoblecedor, como un valor positivo en abstracto o en la persona de una mujer bella. Tal laguna parece inconcebible, y nos hace lamentar que Liñán no se encargara de la publicación de sus obras. Lejos de afirmar que no escribió sonetos amorosos, sólo podemos esperar que los investigadores más afortunados encuentren algunos de los infinitos manuscritos que todavía están por ver y catalogar.

(«Introducción biográfica y crítica», pp. 27-29).

En el caso de que Menéndez Pelayo hubiese llegado «a demostrar» que Lenio es Liñán de Riaza, una duda superpuesta se me cruza en el camino: ¿Ha llegado a conocimiento de

3.- Pedro Liñán de Riaza, *Rimas*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1876. Biblioteca de Escritores Aragoneses, publicada por la Excelentísima. Diputación Provincial.

4.- *Poesías. Pedro Liñán de Riaza*, Edición, introducción y notas de Julián F. Randolph, Zaragoza, Talleres Gráficos INO-Reproducciones, S. A., 1982. Biblioteca Universitaria. Puvil libros.

Randolph este hipotético descubrimiento? Estimo que más bien no; y que hasta ni siquiera conocería la sospecha de don Marcelino, oculta en un océano de letra impresa. Por tanto, no estaría condicionado por esta premisa al desarrollar su investigación sobre el concepto del amor que manifiesta Liñán en sus versos, que no es otro que su reiterada oposición al Amor, o sea, que Liñán demuestra ser un «poeta desamorado». Por otra parte, vemos que según don Marcelino, el «desamorado Lenio» es Liñán. De donde se llega a la conclusión, efectivamente, de que Lenio es el desamorado Liñán de Riaza.

Este razonamiento encaja perfectamente con mi creencia de que Avellaneda es Liñán de Riaza, quien, al redactar su *Quijote* apócrifo, utilizando la misma receta que Cervantes, le devolvió la pelota, dejándole un recado para que no tuviese ninguna duda de quien le buscaba las cosquillas.

Es muy posible que el propio don Miguel, quien adjetiva a su don Quijote en dos ocasiones como «enamorado caballero» para pasar a denominarlo «Caballero de la Triste Figura» («como pienso llamarme desde hoy en adelante»), le inspirase a Avellaneda para llamar al suyo en una ocasión «Desamorado Caballero» y en cincuenta y una «Caballero Desamorado»⁵,

–Amigo, decidnos cómo se llama aquel caballero, para que sepamos su nombre.

–Señores, para decirles la verdad —dijo Sancho— él se llama don Quijote de la Mancha, y agora un año se llamaba el de la Triste Figura, cuando hizo penitencia en la Sierra Morena como ya deben de saber por acá; y ahora se llama el Caballero Desamorado. (Capítulo VIII).

para, al final, cuando están a punto de llevar al manicomio de Toledo a don Quijote, éste expone que:

...siendo conocido en el mundo por Caballero Desamorado, no será razón que ande en amores hasta pasar primero algunas docenas de años. Pues podría suceder... que me encontrase y aun enamorase de alguna infanta... Y si esto sucede, cual confío, desde aquel día me tengo que llamar el caballero del Amor... (Capítulo XXXVI).

La historia se repite, el paralelismo es evidente, las imitaciones recíprocas se suceden. El «desamorado Lenio» se convierte en «enamorado» al final de la historia pastoril; el «Caballero Desamorado» de Avellaneda, se convierte al final del apócrifo en «Caballero del Amor», y como hilo conductor o nexo tenemos al «desamorado» poeta Liñán. Y como nebulosa envolvente un tejemaneje de réplicas, contrarréplicas, alusiones, insinuaciones y de un constante pique entre Cervantes y Avellaneda, intentando demostrar que el más ingenioso y listo soy yo. Que cada cual saque sus conclusiones.

5.– Gómez Canseco, en la nota nº11 del capítulo IV de su edición del QA, sugiere que «El sobrenombre que adopta don Quijote puede proceder del título con que la princesa Florisbella se dirige a Belflorán, hijo de Belianís, en el capítulo XXXVIII del libro IV del don Belianís de Grecia de Jerónimo Fernández: 'Caballero sin Amor' [...] La misma princesa, poco más adelante, pone en duda la condición esquivada del caballero: '¿A este dijo Florisbella, me llamáis desamorado?' ...»